

# Presentación

Hilda Iparraguirre\*

Las posibilidades de un trabajo conjunto, de un encuentro o de un diálogo entre historia y antropología es un tema, cuyo debate profundo y conceptual reviste especial importancia en un país como México, donde los estudios antropológicos han alcanzado un gran desarrollo. La antropología mexicana en sus distintas vertientes y especializaciones ha adquirido características propias con una fuerte incidencia en los estudios de los procesos sociales internos, la cultura e identidad, y sería muy importante poder determinar hasta qué punto esa particular mirada también puede acompañar y ayudar al historiador a escudriñar y comprender aspectos de un pasado que se muestran esquivos a la documentación y lógica del historiador.

Independientemente de la corriente o marco conceptual desde el que se parta, otra de las características de la antropología mexicana, su fidelidad a la investigación de campo que sigue definiendo el quehacer antropológico, puede aportar al análisis histórico un riquísimo bagaje de conocimientos, experiencias y herramientas de trabajo que serán de gran utilidad para los estudios microhistóricos, de comunidades, localidades, vida cotidiana, historia de la familia y el parentesco, religiosidad e historia de la cultura en general.

En las últimas décadas se ha insistido mucho, especialmente en sectores vinculados a la llamada «nueva historia», en auge sobretodo en Francia, en las posibilidades de trabajo conjunto y en las ventajas que obtendría el análisis histórico del contacto con el análisis antropológico. Sin embargo, el acercamiento entre historia y antropología, disciplinas que en muchos espacios permanecieron alejadas e incluso incomunicadas o enfrentadas; es importante pero no nuevo y desde luego no está carente de problemas de fondo.

\* ENAH/INAH

Desde sus inicios en 1929, la corriente historiográfica de los Annales propuso la apertura de la historia a todas las otras ciencias sociales para construir una gran historia global. Si bien en un primer momento el diálogo se centró fundamentalmente entre la historia con la economía y la sociología, fue esta apertura la que permitió en décadas posteriores el acercamiento a la antropología. Más adelante, producto del acercamiento y debate entre Fernand Braudel con el estructuralismo y Lévi-Strauss entre otros, surge la *Larga Duración*, donde Braudel hace confluir antropología y sociología, historia económica e historia de la literatura y del arte, sociología y economía. No es debido al azar si ese corto artículo ha sido y continúa siendo una fuente de reflexión para los antropólogos, geógrafos, sociólogos, historiadores, economistas.<sup>1</sup> Un historiador como Alphonse Dupront tenía un sentido muy vivo de la apertura hacia otras disciplinas; la antropología, la sociología, la psicología, su libro *Le Sacré*<sup>2</sup> constituye, afirma Ruggiero Romano, un ejemplo concreto de cómo se realiza una investigación en la cual confluyen historia, sociología y antropología.

Por otra parte, lo mismo sucedió con la historiografía inglesa, que en su modalidad de historia social como historia global de la sociedad en su conjunto reconoce la necesidad de acercamiento entre ambas disciplinas. Desde antes de la década de los cincuenta el antropólogo Evans Pritchard afirmaba que la dependencia entre ambas disciplinas era técnica más que de objeto y desde entonces realizó un gran esfuerzo para estimular un nuevo acercamiento entre ellas.<sup>3</sup> En un artículo que escribe Keith Thomas en 1963 dice que no hay nada nuevo o excéntrico en la afirmación de que los historiadores podían beneficiarse del conocimiento de la antropología.<sup>4</sup>

Un historiador como E. P. Thompson confiesa en 1976 que en el trabajo que realiza desde hace diez años sobre historia social inglesa del siglo XVIII se encuentra con problemas relativos a la comprensión y recuperación de la cultura y rituales populares que estaban más cerca de los intereses de la antropología social que de la historia. Para Thompson, estudioso del proceso formativo de la clase obrera, el estímulo antropológico surte efecto en la localización de nuevos problemas, en la percepción de problemas antiguos con ojos nuevos, en el énfasis sobre normas o sistemas de valores y rituales, en la

<sup>1</sup> Cfr. Ruggiero Romano, «Historia cuantitativa, Historia Económica e Historia: algunas consideraciones sobre la historiografía francesa de hoy», ponencia al *Simposio Avances y Desarrollos recientes de la Historiografía Francesa*, México, 17-19 de mayo de 1994.

<sup>2</sup> Citado por Ruggiero Romano, *ibidem*.

<sup>3</sup> Evans Pritchard, «Conferencia Marett, 1950», citado por Keith Thomas en «Historia y Antropología» en *Past and Present*, número 24, reproducido en *Historia Social*, número 3, invierno 1989, p. 62.

<sup>4</sup> Keith Thomas, *ibidem*,

atención a las funciones expresivas de las diversas formas de motín y revuelta y en las expresiones simbólicas de la autoridad, el control y la hegemonía. Si bien el autor reconoce la importancia del conocimiento de la antropología, no deja de percibir los problemas que acarrea una aplicación superficial y a cualquier circunstancia histórica conclusiones extraídas de contextos o comunidades muy concretas y alerta en el sentido que hay que tener en cuenta que las categorías o «modelos» (ya sean éstos históricos o antropológicos), no son universales, «... (los modelos) derivados de un contexto deben ser probados, refinados y quizás reformados en el curso de la investigación histórica: hay que ser muy cautos...»<sup>5</sup> y, sobre todo, tener en cuenta que su utilidad reside en las posibilidades de reflexión que ofrecen y no en su aplicación mecánica, agregaríamos nosotros.

Evidentemente que el acercamiento entre historia y antropología se ha ido acentuando debido fundamentalmente a los cambios ocurridos en ambas disciplinas que hicieron posible una aproximación entre ellas. No cualquier historia se acerca o puede trabajar con cualquier antropología. Una historia «tradicional», descriptiva, basada exclusivamente en la narración de acontecimientos, preferentemente políticos y diplomáticos, documentados «objetivamente», de las grandes hazañas y de los grandes hombres, tampoco tendrá muchos puntos de contacto con la antropología. El distanciamiento se debía sobre todo a diferencias conceptuales y metodológicas; la causa fundamental fue el predominio del análisis estructural, estático y sincrónico de los antropólogos, frente al tratamiento diacrónico de los hechos por parte de los historiadores.

El estructuralismo rígido, por ejemplo, no podía funcionar con la historia que es cine, que es dinámica, que es movimiento. La larga duración braudeliana no es una estructura, por lo menos no lo es

*...en el sentido de Lévi-Strauss, razón por la cual Braudel y Lévi-Strauss, —con una amistad que duró toda la vida, desde los años treinta— no se entendieron. La cosa no terminó mal entre los dos, exactamente porque eran amigos personales, pero no se entendieron, porque no había materia para entenderse. Entre alguien que se dice inmóvil, y otro que se dice casi inmóvil, no funciona. El casi en este caso es determinante.*<sup>6</sup>

<sup>5</sup> E. P. Thompson, «Folklore, antropología e historia social» en *Indian Historical Review*, vol. 3 (1976), versión revisada en *Historia Social*, número 3, invierno 1989, p. 81.

<sup>6</sup> Extraído de una serie de entrevistas a Ruggiero Romano hechas por Hilda Iparraguirre, mayo de 1992, en trámite de edición.

Ambas disciplinas —sostiene Marc Auge (cf. el ensayo de Marc Augé, *infra* p. 15)— están en una relación de proximidad por la naturaleza de su objeto: si el espacio es la materia de la antropología, es un espacio histórico, es decir, construído a través del tiempo, a través de generaciones. Y si el tiempo es la materia prima de la historia, es un tiempo localizado, y por lo tanto antropológico.

Estas y muchas otras problemáticas son las que hay que tener en cuenta cuando se plantean aproximaciones entre las disciplinas que conduzcan a un trabajo verdaderamente serio de análisis histórico y antropológico, más allá de las modas superficiales y coyunturales que actualmente abundan, justamente, por modas y por coyunturales.

En esa dirección va la recopilación de trabajos que hemos seleccionado para este primer número de *Cuicuilco*, nueva época, justamente por ser México en general y nuestra Escuela Nacional de Antropología e Historia, en particular, el espacio idóneo para esa reflexión y para la realización de intercambios y trabajos conjuntos, pues en ella confluyen, como decíamos al comienzo, los conocimientos generados por una larga tradición antropológica en la que no son nuevos los contactos con la historia, la arqueología y la lingüística. La mención a la arqueología y a la lingüística no es casual ni podía estar ausente. Aunque ahora el énfasis está puesto en la relación historia-antropología, no son menos posibles ni menos necesarios los vínculos y el diálogo con estas disciplinas. La arqueología es una disciplina que en su particularidad de ciencia histórica «generadora» de patrimonio cultural de-be asumir, al decir de los arqueólogos sociales, una responsabilidad en el fortalecimiento de las identidades regionales. Las experiencias y estrategias concretas de uso de saber histórico generado por la arqueología son válidas para la formulación de proyectos acordes con la realidad plural mexicana. El análisis de la actividad arqueológica permite suponer que se encamina a la definición de aspectos de los procesos históricos, algunos más globales que otros; ejemplo de ello es el artículo de José Antonio Pérez e Inés Gordillo. Adquiere especial relevancia el enfoque histórico de las aportaciones, estrategias y políticas de investigación de la actividad arqueológica, lo que obliga a discutir qué tipo de historia permite proponer la arqueología.<sup>7</sup>

En lo que hace a la lingüística, es indudable que aporta a la historiografía instrumentos inapreciables para la crítica de fuentes históricas, así como una reflexión teórica en torno al papel del lenguaje en la constitución del

<sup>7</sup> Cfr. Manuel de la Torre Mendoza, borrador de Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, 1993.

objeto histórico, a la incierta frontera del lenguaje con el universo de lo social y cultural en un sentido mucho más amplio, como dice Antonio García de León en su artículo (cfr. Antonio García de León, *infra* p. 62).

Hemos reunido en este número trabajos de colegas vinculados de una u otra forma con la Escuela, como profesores visitantes, de planta, de asignatura, invitados, responsables de líneas de investigación, exalumnos y exmaestros; todos ellos han encontrado en la ENAH una amplia caja de resonancia de sus inquietudes y quehaceres y muchos de ellos son reflejo y producto de los quehaceres de la ENAH. La mayoría de las colaboraciones son de índole teórica, resultado todas ellas de una gran trayectoria de trabajo de investigación histórica y antropológica; otras son trabajos concretos realizados desde las perspectivas analizadas, esperamos que éstos sean más numerosos en el futuro. Posiblemente muchos de los trabajos aporten puntos de vistas encontrados; como suele decirse en estos casos, los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de sus autores, por nuestra parte creemos haber cumplido con nuestro objetivo de incentivar el diálogo, la reflexión y el debate.